

Ceniza del esquizo o memoria que se consume como palabra

Jorge Arzate Salgado



co un fuego eterno: siento ese fuego en mi sien: me desengaño: ardo: trémula mi alma crece en la evaporación de la carne: nos consumimos en el tiempo: en medio de un campo lleno de luz, dentro de un mar, encima y abajo y a los lados de una larga noche: cantamos como remedio: tenemos miedo: la muerte se anuncia en nuestras palabras: dulce fuego: rencoroso fuego que hablamos y habitamos siempre, incluso después de muertos. Así la ruptura en ese océano que es la memoria del amor, así la *Ceniza del esquizo*.

No existen libros más tristes que los de mitología —por cierto, casi todos los buenos libros terminan siéndolo tarde que temprano. En ellos, tanto hombres como dioses, se contradicen mutuamente, quiero decir, se reflejan en cada acto. Quizá uno de los temas favoritos o centrales de estos textos es el del tiempo, y, por su puesto, el del tiempo como memoria: como lucha contra el tiempo: como remedio para. El tiempo de la creación, tiempo del fin de los tiempos, tiempo como orden cosmológico y social, tiempo como trampa para los hombres, tiempo como salvación o como estar aquí.

Jorge Arzate Salgado. Sociólogo y poeta. Profesor de sociología en la UAEM. Ha publicado los libros de poesía *Canciones para los piratas ausentes* (CTE, 1992) y *Recuerdos de la Casa Azul* (Tierra Adentro, 1996); además de ensayo científico en diversas revistas de Ciencias Sociales.

De hecho, para los antiguos griegos, el poeta es un hombre poseído por la memoria; es un adivino del pasado. Nos dice Le Goff en su libro *El orden de la memoria* que “el poeta tiene su puesto entre los *maestros de verdad*, y en los orígenes de la poética griega la palabra poética es una inscripción viviente que se imprime en la memoria como mármol. Para Homero componer versos era recordar”. La memoria es así considerada como la fuente de inmortalidad, por ello habría que evitar beber de las aguas del Leteo. No solamente para los griegos el poeta es el hombre poseído por la memoria, la etnografía moderna nos ha mostrado que en la mayoría de las culturas el poeta es el poseedor de la memoria. Por eso el *memorioso* Borges es quizá el más sabio de los escritores modernos, y en la narrativa mexicana contemporánea *Los recuerdos del porvenir* y el *Pedro Páramo* son dos ejemplos de virtuosismo poético.

En un principio creí que el libro de Porfirio Hernández, *Ceniza del esquizo*, era un texto de amor, uno más entre tantos escritos y por escribirse —por cierto no creo que exista otro tema más sincero; pero una segunda lectura me hizo pensar que es mucho más que eso. Se trata de un libro sobre la memoria y su mancuerna, la palabra poética. En este caso es alguien muy cercano a la muerte quien nos habla, no importa su edad o mayores datos sociológicos; este

hombre habla sobre el tormento del amor, mejor dicho, sobre el recuerdo de él, de su amada. Aquí el asunto se torna interesante: ¿qué es lo más tormentoso, el hecho de no tener al ser amado o la memoria de éste? Entre este dilema, transcurre otro más intrigante y difícil por su naturaleza, el del lenguaje como posibilidad de presencia, es decir, como memoria. El texto de Porfirio Hernández no es más que un intento de dilucidación en torno al problema del lenguaje: cómo decir el tiempo y cómo este decir es tiempo.

Como en la mitología griega el olvido es un infierno, es el infierno mismo. Cómo luchar contra el olvido: narrando, cantando. Como dice Paz en *El mono gramático* "Tal vez la palabra no es *quietud* sino *persistencia*". De esta forma se recuerda y al hacerlo se lucha contra la muerte; se recuerda pero ese recuerdo es siempre fragmentario, por demás débil. También esta fragilidad propia de la memoria y la palabra que intenta nombrarla no es más que reflejo de la condición humana: siempre tan cerca de la muerte en todas sus formas. Hay que decir que en el texto hay una presencia de la muerte muy perturbadora —siempre hay un tono funerario, dice: "su voz enmudeció, ahogada ya en el cielo acuoso de Leteo, entre el ruido artificial del humo y los colores. Era la noche. Y la muerte, sacudiéndose". Por todo esto, la retórica de este libro está poblada de desesperación, magnífica en el capítulo *árboles marinos*, dolorosísima en el resto.

Es curioso, pero en un momento dado la memoria aparece como sueño, como si la realidad fuera imposible, como si la realidad fuera sólo una ilusión. Pero a pesar de tanta confianza en la memoria, ésta falla porque las palabras fallan, son instrumentos inexactos para nombrar el mundo, de ahí la narrativa a salto de mata y de ahí el alto nivel lingüístico del libro. ¿Esta es la tarea de la poesía —tratar de nombrar mejor el mundo? No lo sé, pero intuyo que se trata de sus objetivos fundamentales. Paz nos recuerda: "quizás las cosas no son cosas sino palabras: metáforas, palabras de otras cosas".

Como libro cuyo asunto es la memoria, *Ceniza del esquizo* me parece un texto de infinita melancolía ("Dame el silencio con que mirabas la lluvia", dice) —es curioso pero por momentos algunas líneas me recuerdan el espíritu de los nocturnos de Villaurreutia; aquí la tristeza y tono melancólico son algo irreparable, por tanto se trata de una palabra que se consume y en ese transcurrir-persistencia todo está condenado al naufragio. Quizás por ello en el texto las metáforas del mar como alma ("quietud del agua: mi alma hurga en ella esta noche"), de la noche como tiempo, de la luz como condición humana, sólo son la afirmación paradójica de la derrota final, del triunfo del tiempo; son, a su vez, el único remedio, el único consuelo, por eso el recordar el amor y sus desdichas, pues eso es mucho mejor que el silencio y la oscuridad. Este libro bien puede ser una geografía del tiempo, porque construye, con una paciencia intangible, los espacios de la memoria: el mundo, cada centímetro, es un punto de convergencia con el tiempo: el mar, la soledad de la casa, el mundo en el cual nada es nuevo, "tu boca de agua dulce (que) se abre al mar", la noche, y tanta y tanta luz que aparece en forma constante. Se trata de un texto intenso que se consume como palabra poética. En horabuena este libro de Porfirio Hernández y ojalá esta lectura sirva a todos para lavar un poco nuestros ojos y poder apreciar mejor el amor y lo único que nos queda después de él: el recuerdo.○

Porfirio Hernández, *Ceniza del esquizo*, Colección Becarios del Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1998.